

"EL PRESIDENTE DE COSTA RICA SOY YO"

"Mi séquito es éste"; y señaló don Cleto a los empolvados viajeros que lo acompañaban

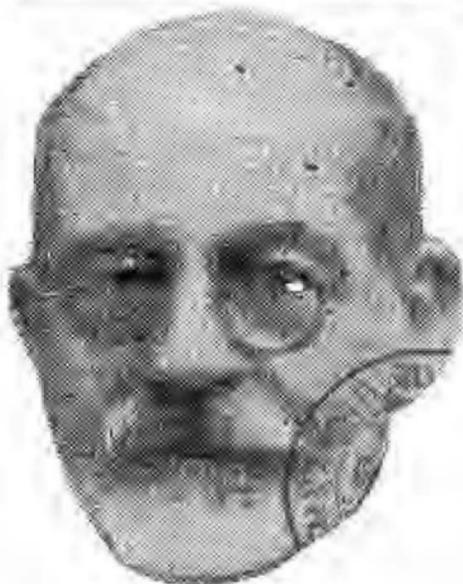
Otra página anecdótica de la vida democrática del padre de la democracia costarricenses

Un apunte de don Diego Mena, escrito especialmente para DIARIO DE COSTA RICA

Al Noroeste de la Provincia de Guanacaste en Costa Rica y en la frontera con la República de Nicaragua, se encuentra el "Valle de Brimount vinculado hoy a nuestra historia patria por la trascendencia de un hecho histórico de gran valor para las generaciones actuales.

En ese lugar y en medio de pampas y follajes tropicales. (Ver Col. 13 — Pág. TRES)

PAGINAS DE ORO DE DON CLETO



Ex-Presidente Don Cleto González

cales, se alza una casa de bastantes dimensiones y de estilo campechano.

Allá por los años de 1907- 1908 cuando las vías de comunicación todavía no tenían el auge y el adelanto actual, y cuando los medios de transporte eran dificultosos por lo malo de los caminos, llegaron a ese lugar cinco viajeros. Se notaba en ellos el cansancio, propio de un viaje largo y penoso, el sol ya descendía, pero sus rayos eran ardientes y abrazadores, sudorosos, empolvadas sus ropas, de pantalones blancos, polainas corrientes, de clásicos chaquetones y sombreros de pita, propios para esas regiones, uno y otro no faltaron dentro de sus sombreros, hojas verdes de la orilla de algún arroyuelo, tales eran sus indumentarias. Después de desmontar y amarrar bajo una sombra sus pañuelos se enjugaban el sudor que abundantemente corría por sus frentes.

Uno de ellos, el de más edad, de aspecto grave, de mente ancha y despejada, a la que no tenía límite con su cabeza, de largos bigotes, de cuerpo pequeño y de robusta contextura, sentándose en una cómoda butaca de cuero, dijo: " al fin llegamos". Tanto él como sus acompañantes, quienes se encontraban sentados también en rusticas butacas y a respetuosa distancia, esperaban algo. Nadie los recibió ni fue advertida su presencia. Dentro de la casa había gran movimiento. Idas y venidas; se daban órdenes y se disponía a que las cosas debían de estar así o de otra manera. Por esos movimientos y por la prontitud de cómo se llevaban a cabo esas órdenes, se notaba que se estaba en espera de algún gran acontecimiento. Los viajeros con la garganta seca por la sed deseaban tomar algo. Llamaron a una guapa moza que paso cerca, y uno de ellos le dijo que les trajera agua para apagar la sed que los devoraba. La joven se quedó viéndolos, y puesta en jarras empezó a examinarlos con atención, pues consideró que sus ropas empolvadas y un poco en desorden no guardaban armonía con la limpieza de la casa, y después de este examen que

duró segundos únicamente, les dijo: Oigan, voy a traerles agua, pero se van ligero de ahí porque están ensuciando el corredor, si quieren descansar vayan allá, debajo de aquel palo, enseñándoles al mismo tiempo un corpulento híguerón, que no muy lejos se alzaba majestuoso ostentando sus numerosas ramazones cubiertas de verde follaje, lo mismo le dirá el señor Juan si los ve, pues a él le han dado orden de que no permita a ningún extraño en esta casa, pues se va a verificar una conferencia, según dicen. Los viajeros se sonrieron y apagaron su sed con el agua cristalina, que la mocita puso en sus manos.

Poco rato después se oyó a lo lejos el ruido producido por una gran cabalgata. En uno de los recodos del camino, apareció un ejército de caballería. Todos vestían vistosos uniformes. Llegó al gran patio que se extendía en todo el frente del edificio. El oficial de más alta graduación mando a hacer y colocar el ejército en filas. Al frente de un estado mayor y seguido de otro ejercito también de caballería. Que en conjunto sumaban unos quinientos hombres, cabalgando un brioso caballo blanco únicamente enjaezado, a un jinete de aire marcial con carreteras y entorchados de oro, con la bandera de su patria atravesada, sus botas altas de charol que fulguraban el contacto con los rayos de sol, hacia contraste con el casco blanco. Estilo prusiano. Que cubría su cabeza, entro a su vez al gran patio en medio de toque de clarines y voces de mando, que ordenaban presentar armas, era el General de División José Santos Zelaya, Presidente de Nicaragua en esa época. Una vez que puso pie en tierra y entregado a un bruenanza, con una mano en la cadera y con la otra colocada en la empuñadura de su espada que colgaba al cinto, miro a todos lados. No encontrando quizá, lo que buscaba, llamo al oficial que comandaba la tropa. General, le dijo, al parecer no ha llegado al parecer su Excelencia el señor Presidente de Costa Rica, no veo por ninguna parte séquito alguno pregunte a aquellos señores señalando a los viajeros que se encontraban en el corredor de la casa, que, si ellos no tienen alguna noticia de la llegada de su Excelencia, ya que él estaba convencido de que el llegaría primero. El General se dirigió a las personas indicadas y al manifestarles lo que deseaba el mandatario nicaragüense, el de más edad de los viajeros se levantó de su butaca y le dijo al oficial: De Ud, mis respetos al general Zelaya. El Presidente de Costa Rica soy yo y mi séquito es este, señalando los enpolvorientos viajeros que lo acompañaban...

El Presidente de Costa Rica era el Lic. Don Cleto González Víquez.

Nota aclaratoria: este material ha sido modificado de su versión original para su restauración y conservación.